

Nos miramos; ella con dignidad muy bien fingida, yo con imperceptible sonrisa.

—Veo—le dije—que es preciso respetar mucho los oídos del sexo débil, porque es lo único que tiene casto.

Tomé la actitud del hombre que tiene que revelar algo importante, y la hermosa dama bajó los ojos como si sospechase que tendría que ruborizarse durante mi discurso.

—Señora, hoy no se ahorcaría, como en otro tiempo, a un ministro por un *sí* o por un *no*; un Chateaubriand no torturaría a Francisco de Foix, ni nosotros llevamos la espada al cinto dispuesta para vengar la injuria. Ahora bien, en un siglo en que la civilización ha hecho tan rápidos progresos, que se nos enseña cualquier ciencia en veinticuatro lecciones, todo ha tenido que recibir ese impulso hacia la perfección. Ya no podemos hablar la vigorosa, tosca y ruda lengua de nuestros antepasados. La edad en que se fabrican tan finos y brillantes tejidos, muebles tan elegantes y porcelanas tan ricas, tenía que ser la edad de las perifrasis y de las circunlocuciones. Es preciso que procuremos forjar alguna nueva palabra para reemplazar a la cómica expresión de que se sirvió Molière: puesto que, según ha dicho un autor contemporáneo, el lenguaje de este gran hombre es demasiado libre para las damas que, por su parte, opinan que la gasa es tela demasiado espesa para sus vestidos. Ahora, la gente vulgar, lo mismo que los sabios, no ignoran el gusto innato que los griegos sentían por los misterios. Esta poética nación supo imprimir un colorido fabuloso a sus antiguas tradiciones históricas. A la voz de sus rapsodistas, unidos a sus poetas y trovadores, los reyes se convertían en dioses, y sus aventuras amorosas en inmortales alegorías. Según Chompré, licenciado en derecho y autor clásico del *Diccionario Mitológico*, el Laberinto era «un recinto cercado lleno de árboles y de edificios dispuestos de tal manera, que cuando un joven entraba en él, no volvía a encontrar nunca la salida». Aquí y allí ofrecíanse a su vista floridos setos, pero en medio de una multitud de paseos de árboles que se cruzaban en todos sentidos y presentaban siempre a la mirada un camino uniforme; entre los zarzales, las rocas y los espinos el paciente tenía que luchar con un animal llamado el Minotauro. Pero si quiere usted hacerme el favor de recordar, señora, que el Minotauro era, de todos los animales cornudos, el que la mitología consideraba como más peligroso; que, para librarse de los estragos que hacía, los atenienses se habían resignado a entregarle, un año con otro, cincuenta vir-

genes, no participará usted del error de ese buen señor Chompré, que no ve en ello más que un jardín inglés, y verá usted en esta ingeniosa fábula una delicada alegoría, o, mejor dicho, una fiel y terrible imagen de los peligros del matrimonio. Las pinturas descubiertas recientemente en Herculánun (1) vienen a confirmar por completo esta opinión. En efecto, los sabios creyeron por mucho tiempo, guiados por algunos autores, que el Minotauro era un animal medio hombre y medio toro; pero la quinta plancha de las antiguas pinturas de Herculánun representa el monstruo alegórico con el cuerpo de hombre, menos la cabeza, que es de toro, y, para que no quede duda alguna, yace vencido a los pies de Teseo (2). Pues bien, señora, ¿por qué no habíamos de pedir a la mitología que venga en auxilio de la hipocresía que nos invade y nos impide reír como reían nuestros antepasados? Cuando una joven no ha sabido extender bien ante el mundo el velo con que toda mujer decente oculta su conducta, cuando nuestros antepasados lo hubiesen dicho todo lisa y llanamente con una palabra, usted, como otra porción de hermosas damas amigas de retencencias, se contenta con decir: «—¡Ah! sí, es muy simpática, pero... —Pero ¿qué?...—Pero suele ser inconsecuente». Señora, mucho tiempo he pasado buscando el sentido de esta última palabra, y sobre todo la figura retórica por medio de la cual le hacéis expresar lo contrario de lo que significa; pero mis meditaciones han sido vanas. Vert-Vert ha sido, pues, el último que ha pronunciado la palabra de nuestros antepasados; pero, por desgracia, lo hizo dirigiéndose a inocentes religiosas, cuyas infidelidades en nada atacaban el honor de los hombres. Para mí, cuando una mujer es inconsecuente, el marido está *minotaurizado*. Si el minotaurizado es un hombre galante, si goza de cierta estimación, cosa a que son acreedores muchos maridos, aunque sólo sea por compasión, entonces, hablando de él, soléis decir con voz dulce y reposada: «El señor A... es un hombre digno de estimación, su mujer

(1) Herculánun es una ciudad de la Campania, antigua provincia del Imperio Romano, la cual, habiendo sido sepultada por la lava del Vesubio el año 79, empezó a descubrirse en 1713, gracias a los hallazgos de un campesino de Forici en el momento en que estaba abriendo un pozo.—(N. del T.)

(2) Héroe griego, hijo de Ejea y décimo rey de Atenas. Es muy conocido por sus trabajos que tienen mucha analogía con los de Hércules. Su existencia se remonta al siglo XII (antes de Jesucristo).—(N. del T.)

es muy bonita, pero se dice de él que no es completamente feliz en su hogar». De modo que el hombre estimable, desgraciado en su hogar, el hombre que tiene una mujer inconsecuente, o el marido minotaurizado, no son otra cosa que los maridos de que habla Moliere. Ahora bien, diosa del gusto moderno, ¿te parece bastante casta la transparencia de estas expresiones?

—¡Dios mío!—dijo ella sonriéndose,—si en el fondo es el mismo, ¿qué más da expresarlo de una manera que de otra?

Y haciéndome un pequeño e irónico saludo desapareció, yendo sin duda a reunirse con esas condesas de prefacio y todas esas criaturas metafóricas que tan frecuentemente emplean los novelistas para rehacer o componer manuscritos antiguos.

Respecto a vosotros, seres menos numerosos y más reales que me locéis, si hay alguno que haga causa común con mi campeón conyugal, os advierto que no llegaréis a ser de pronto desgraciados en vuestro hogar. El hombre llega gradual e insensiblemente a ese estado conyugal. Es más, hay muchos maridos que son desgraciados hace ya mucho tiempo en su hogar, y ni siquiera se han dado cuenta de ello. Esta evolución doméstica se opera siempre según ciertas reglas; pues las evoluciones de la luna de miel son tan seguras como las fases de la luna celeste y se aplican a todos los matrimonios. ¿No hemos probado que la naturaleza moral tiene sus leyes como la naturaleza física?

Como hemos dicho ya anteriormente, vuestra esposa no aceptará nunca un amante sin hacerse serias reflexiones. En el momento en que la luna de miel mengua, más que satisfacerlo, lo que habéis hecho es desarrollar en ella el sentimiento del placer; le habéis abierto el libro de la vida, y ella concibe fácilmente por el prosaísmo de vuestro fácil amor la poesía que debe resultar de la concordancia de las almas y de los impulsos voluptuosos. Como un tímido pajarillo, espantado aún del ruido de un tiroteo que cesó, la mujer saca la cabeza fuera del nido, mira en torno suyo y contempla el mundo; y, habiendo adivinado la solución de la charada que le habéis propuesto, siente instintivamente el vacío de vuestra pasión que languidece. Adivina que sólo con un amante podrá reconquistar el delicioso imperio de su libre albedrío en materia de amor.

Habéis secado madera que estaba verde para una hoguera que no tardará en aparecer.

En la situación en que os encontráis ambos, no hay mujer, por virtuosa que sea, que no se haya considerado digna de una gran pasión, que no haya soñado con ella y que no se crea inflamable; pues siempre hay amor propio para exagerar las fuerzas de un enemigo vencido.

—Si el oficio de mujer decente no fuera más que peligroso, pase...—me decía una anciana dama;—pero es además aburrido, y no he encontrado ninguna mujer virtuosa que no pensara en hacer alguna traición.

De modo que antes de presentarse ningún amante, una mujer discute, por decirlo así, su legalidad; sufre un combate que tiene lugar en su interior entre los deberes, las leyes, la religión y los deseos secretos de una naturaleza que no tiene más freno que aquel que ella misma se impone. Desde este momento comienza para vosotros un orden de cosas completamente nuevo; este es el instante en que la naturaleza, esa indulgente y bondadosa madre, hace la primera advertencia a todas las criaturas que tienen que correr algún riesgo. La naturaleza ha puesto un cascabel en el cuello del Minotauro, como en la cola de esa terrible serpiente, espanto del viajero. Entonces siente vuestra mujer lo que nosotros llamamos *primeros síntomas*, y desgraciado del que no ha sabido combatirlos. Los que al leer este libro recuerden haberlos visto manifestarse antes en su casa, pueden pasar a la conclusión de esta obra, que allí encontrarán consuelo.

Esta situación en que permanece un matrimonio por más o menos tiempo, será el punto de partida de nuestra obra, así como el término de nuestras observaciones generales. Un hombre de talento ha de saber notar los misteriosos indicios, los signos imperceptibles y las involuntarias revelaciones que una mujer deja escapar entonces; pues la Meditación que sigue podrá, a lo sumo, revelar los rasgos más salientes de dicha situación a los neófitos de la sublime ciencia del matrimonio.

MEDITACIÓN VIII

DE LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

Cuando vuestra mujer entra en la crisis en que la hemos dejado, vosotros os creéis en completa seguridad.

Habéis visto tantas veces el sol, que empezáis a creer que ha de lucir siempre. Ya no prestáis a las menores acciones de vuestra esposa aquella atención que os infundía el primitivo fuego de vuestra naturaleza.

Esta indolencia es causa de que muchos maridos no se aperciban de los síntomas con que sus mujeres anuncian la primera tormenta; y esta disposición de ánimo ha contribuido más que la ocasión, que los coches de punto, que los canapés y que los cuartos reservados, a minotaurizar a los maridos. Este sentimiento de indiferencia por el peligro es, hasta cierto punto, producido y está justificado por la aparente calma que os rodea. La conspiración tramada contra vosotros por el millón de solteros hambrientos parece ser unánime. Aunque todos estos tenorios se odien y no dejen de conocerse, una especie de instinto contribuye a que obren siempre de acuerdo en esta materia.

Cuando dos jóvenes se casan, los esbirros del Minotauro, jóvenes y viejos, tienen generalmente el buen tino de dejar completamente entregados a sí mismos a los dos esposos. Consideran al marido como a un operario encargado de desbastar, tallar, pulir y montar el diamante que ha de pasar un día de mano en mano para ser admirado en todos los círculos. Así, pues, la presencia de un matrimonio joven muy enamorado es siempre causa de alegría para aquellos solteros a quienes se ha dado en llamar calaveras, y que tienen buen cuidado de no turbar el trabajo que debe aprovechar a la sociedad; saben también que las grandes pasiones duran poco, y se mantienen a la expectativa, al acecho, espionando con una astucia increíble el momento en que los dos esposos empiecen a descender del séptimo cielo.

El tacto con que los solteros descubren el momento en que el cierzo comienza a helar el amor de un matrimonio, sólo es comparable a esa negligencia que se apodera de los maridos cuando empieza a aparecer en su hogar la luna de miel. Existe además en el acto de galantear un momento de madurez que es preciso saber esperar. El gran hombre es el que sabe comprender y adivinar a ciencia cierta todo lo que las circunstancias pueden dar de sí. Esos hombres de cincuenta y dos años, que en otra ocasión hemos presentado como tan peligrosos, comprenden perfectamente, por ejemplo, que un hombre que ofrece su amor a una mujer y es rechazado altaneramente por ella, será recibido con los brazos abiertos tres meses después. Verdad es que, en general, las personas casa-

das dejan ver su frialdad con la misma sencillez que denuncian su amor.

En esa época en que recorréis con vuestra mujer los encantadores campos del séptimo cielo, permaneciendo acampados en ellos más o menos tiempo, según los caracteres, como lo prueba la Meditación precedente, frecuentáis poco o nada la sociedad. Felices en el interior de vuestro hogar, si salís, lo hacéis únicamente como los amantes, para asistir a una gira campestre, para ir a un espectáculo nuevo, al estreno de un drama, etc. Desde el momento en que reaparecéis, juntos o separados; desde el momento en que se os ve acudir con asiduidad a los bailes, a las fiestas, a todas esas frívolas distracciones creadas para evitar el vacío del corazón, los solteros advinan que vuestra mujer va a buscar allí distracciones; pues la casa y su marido la aburren.

Llegados a este estado, el soltero sabe que tiene arrojada la mitad del camino. En tal situación, estáis a punto de ser minotaurizados, y vuestra mujer tiende a llegar a ser inconsecuente: es decir, al contrario, será consecuente en su conducta, razonará con una profundidad asombrosa, y no veréis en ella más que amor y pasión. Desde este momento, no faltará en apariencia a ninguno de sus deberes, y procurará aparecer tanto más virtuosa, cuanto menos lo sea en realidad.

Nunca la veréis más afanosa por complaceros. Procurará indemnizaros de la secreta lesión que trama contra vuestra felicidad conyugal, por medio de pequeñas caricias que os harán creer en la perpetuidad de su amor. De ahí viene el proverbio que dice: *Dichoso como un tonto*. Las mujeres, según su carácter, o desprecian a su marido por lo mismo que saben engañarle, o le odian, si se ven contrariadas, o sienten hacia él una indiferencia que es peor mil veces que el odio.

En este caso, el primer síntoma que presenta la mujer es una gran excentricidad: desea olvidarse de sí misma, aturdirse, pero sin esa avidez propia de los esposos completamente desgraciados. Se viste con sumo cuidado con objeto, según ella, de halagar vuestro amor propio, atrayendo las miradas de todos los hombres en las fiestas y en las reuniones.

Vuelta al seno de sus aburridos penates (1), la veréis

(1) Los antiguos tenían la costumbre de enterrar los cuerpos en las casas, y el pueblo crédulo se imaginó que las almas permanecían allí, cual genios

a veces, ya sombría y pensativa, ya risueña y alegre como si tratará de aturdirse, o ya adoptando el aire de un alemán que va a entrar en combate. Tan frecuentes variaciones anuncian siempre la terrible incertidumbre de que hemos hecho mención.

Hay mujeres que leen novelas para mantener viva la imagen hábilmente presentada y siempre diversificada de un amor contrariado que triunfa, para acostumbrarse con el pensamiento a los peligros de una intriga.

Os estimará mucho; os dirá que os ama como se ama a un hermano; que aquella amistad razonable es la única verdadera, la única duradera, y que el matrimonio no tiene más objeto que establecerla entre dos esposos. Comprenderá perfectamente que tiene muchos deberes que llenar y que, por lo tanto, puede pretender ejercer derechos.

Ve con una frialdad que sólo vosotros podéis calcular todos los detalles de la felicidad conyugal. Esta felicidad, que sin duda no le ha agradado nunca gran cosa, y que, por otra parte, tiene siempre a su alcance, la conoce, la ha analizado; ¡y cuántas pruebas pequeñas, pero terribles, prueban en tal caso a un marido perspicaz que aquel ser frágil argumenta y razona, en lugar de dejarse llevar de la fogosidad de la pasión!...

LX

Cuanto más se piensa, menos se ama.

De ahí provienen esas ocurrencias que sois los primeros en celebrar y esas reflexiones que os sorprenden por lo profundas; de ahí esos cambios repentinos y esos caprichos de un alma que permanece en la indecisión. A veces, os muestra una ternura exagerada, cual si se arre-

bienhechores y propicios. De ahí el culto a los dioses lares, bajo cuya protección se colocaba la prosperidad de las familias. Los dioses lares vienen a ser lo mismo que los dioses penates, que eran también dioses domésticos. En un rincón del hogar solían colocar pequeñas estatuas representando a los dioses lares y penates. En medio de ellas había un perro, símbolo de adhesión y fidelidad.

En poesía se usan frecuentemente las palabras *lares* y *penates*, y así se dice: *dejar sus lares, volver a ver sus lares*, por abandonar la casa paterna o volver a ella. Virgilio representa a Eneas saliendo de Troya y llevando consigo a sus dioses penates.—(N. del T.)

pintiera de sus ideas y de sus secretos proyectos; otras, se muestra enfurruñada e incomprensible; en una palabra, cúmplase en ella el *varium et mutabile femina*, que hemos cometido la torpeza de atribuir hasta ahora a su constitución. Diderot (1), llevado de su deseo de explicar estas variaciones atmosféricas de la mujer, llegó a atribuirles a lo que él llama la *bestia feroz*; pero lo cierto es que nunca observaréis esas frecuentes anomalías en una mujer feliz.

Estos síntomas, ligeros como la gasa, se parecen a esas nubes que apenas manchan el azul del cielo, y que poco a poco van adquiriendo tintes más oscuros.

En medio de estas solemnes meditaciones, que tienden, según la expresión de la señora Stäel (1), a dar más poesía a la vida, algunas mujeres, en quienes madres virtuosas por cálculo, por deber, por convicción, o por hipocresía han inculcado severos principios, toman por sugestiones del demonio las devoradoras ideas que las asaltan, y se las ve solícitas acudir a la misa, a los oficios y aun a las vísperas. Esta falsa devoción empieza adquiriendo bonitos devocionarios encuadernados con lujo, con los cuales estas apreciables pecadoras se esfuerzan en vano en llenar los deberes impuestos por la religión y abandonados por los placeres del matrimonio.

Sentemos aquí un principio que habéis de procurar grabar con letras de fuego en vuestra mente.

Cuando una esposa joven reanuda de repente prácticas religiosas ha tiempo abandonadas, este nuevo género de vida oculta siempre algo que es de gran importancia para la felicidad del marido. De cada cien mujeres, en setenta y nueve, esta vuelta a Dios prueba que han sido inconsecuentes, o que van a serlo pronto.

Pero hay un síntoma más claro y más decisivo, que todo marido debe conocer, so pena de ser un tonto, y es el siguiente:

Cuando ambos estabais sumergidos en las engañosas delicias de la luna de miel, vuestra mujer, como verdadera amante, hacía constantemente vuestra voluntad. Di-

(1) Filósofo y escritor francés, fué uno de los más ardientes propagandistas de las ideas filosóficas del siglo XVIII, y uno de los fundadores de la *Enciclopedia*. Nació en 1713, y murió en 1784.—(N. del T.)

(2) Célebre escritora francesa, hija de Necker, que vivió desde 1766 a 1817. Sus principales obras, son: *Delфина*, *Corina* y su libro titulado *De Alemania*.—(N. del T.)

chosa por probaros su buena voluntad, que ambos tomabais por amor, ella hubiera deseado que la hubieseis mandado andar por el borde de los canalones del tejado, y acto continuo, ágil como una ardilla, los hubiese recorrido. En una palabra, ella se consideraba muy feliz sacrificando en honor vuestro su voluntad. Se había identificado con vuestra naturaleza obedeciendo a ese voto del corazón: *Una caro*.

Todas estas hermosas disposiciones de un día han desaparecido insensiblemente, y entonces, herida al ver su voluntad anonadada, vuestra mujer procurará reconquistarla mediante un sistema que irá desarrollando gradualmente y con creciente energía.

Este sistema es el de la *Dignidad de la mujer casada*. El principio de este sistema consiste en adoptar en vuestros placeres íntimos una reserva y una tibieza que sólo vosotros podréis juzgar.

Según la mayor o menor fuerza de vuestra pasión sensual, sin duda habréis adivinado, durante la luna de miel, algunas de aquellas veintidós voluptuosidades creadas en la antigua Grecia por aquellas veintidós especies de cortesanas dedicadas particularmente a cultivar esas ramas delicadas de un mismo arte. Ignorante y sencilla, curiosa y llena de esperanza, vuestra joven esposa habrá adquirido algunos conocimientos de esa ciencia tan rara como desconocida, y que recomendamos eficazmente al futuro autor de la *Fisiología del Placer*.

Entonces, en una mañana de invierno, y semejantes a esas bandadas de pájaros que temen el frío de Occidente, vuelan juntas y con las mismas alas, la Felatriz, deidad fecunda en coqueterías que engañan al deseo para prolongar sus ardientes ímpetus; la Tractatriz, venida del perfumado Oriente, donde se honran los placeres que extasían; la Subagitatriz, hija de la Grecia; la Lemana, con sus dulces y zalameras voluptuosidades; la Corintiana, que podía, en caso de necesidad, reemplazarlas a todas, y finalmente, la incitante Facidiosa, de devoradores y astutos dientes y cuyo esmalte parece dotado de inteligencia. Una sola os queda sin duda; pero llega una noche en que la brillante y fogosa Propetida extiende sus alas y huye cabizbaja mostrándoos por última vez, como el ángel que desaparece ante Abraham, en el cuadro de Rembrandt, los deliciosos tesoros que ella misma ignora y que sólo vosotros podríais haber contemplado con ojo acariaciador y haber mimado con mano cariñosa.

Privado de estos matices del placer, de todos estos ca-

prichos del alma, de esas flechas del amor, quedáis reducidos a amar de la manera más vulgar a aquel primitivo e inocente sistema del himeneo, pacífico homenaje que el sencillo Adán rendía a nuestra madre común, y que sin duda sugirió a la serpiente la idea de engañarla. Pero un síntoma tan claro es muy poco frecuente. La mayor parte de los matrimonios son demasiado cristianos para seguir los usos de la Grecia pagana. Por esto hemos colocado entre los últimos síntomas la aparición en el apacible lecho nupcial de esas desvergonzadas voluptuosidades que, la mayor parte de las veces, son hijas de una pasión ilegítima. En tiempo y lugar oportuno trataremos con más amplitud de este magnífico síntoma. Por ahora examinemos únicamente el caso en que se reduce el síntoma a una negligencia y repugnancia conyugal, que sólo el marido puede apreciar.

Al mismo tiempo que ennoblece de este modo con su dignidad los fines del matrimonio, vuestra mujer pretende tener su opinión como vosotros la tenéis vuestra. «La mujer, al casarse—dirá ella,—no hace voto de abdicar su razón. ¿Acaso son las mujeres realmente esclavas? Las leyes humanas podrán encadenar al cuerpo; ¿pero el pensamiento?... no. Dios lo ha colocado demasiado cerca de sí para que nadie pueda atacarlo».

Estas ideas proceden necesariamente de que la habéis dejado adquirir una instrucción demasiado libre, o de ciertas reflexiones que la habéis permitido hacer en vuestra presencia. Para esclarecer estas materias, hemos consagrado una Meditación completa a la *instrucción conyugal*.

Después de esto, vuestra mujer empieza a decir: «Mi cuarto, mi cama, mi habitación». A muchas de vuestras preguntas contestará: «Amigo mío, eso no te importa». O bien: «Los hombres tienen su parte en la dirección de la casa y las mujeres la suya». O ridiculizando a los hombres que se mezclan en los asuntos interiores de la casa, dirá: «Que los hombres no entienden nada de ciertas cosas».

Cada día irá aumentando el número de cosas en que no entendéis nada.

Un día veréis dos altares en vuestra capilla, en lugar del único que tenía. El altar de vuestra mujer y el vuestro habrán pasado a ser distintos, y esta distinción irá creciendo, siempre en virtud del sistema de la *dignidad de la mujer*.

Después irá desarrollando las ideas siguientes, que os

irá inculcando a pesar vuestro, mediante una *fuerza viva* muy antigua y poco conocida. La fuerza del vapor, la de los caballos, la de los hombres o la del agua, son buenas invenciones; pero la naturaleza ha dotado a la mujer de una fuerza moral que no tiene comparación con éstas; nosotros la llamaremos la *fuerza de la matraca*. Esta fuerza consiste en una perpetuidad de sonido, en una repetición tan exacta de las mismas palabras, en una coleccionilla tan completa de las mismas ideas, que, a fuerza de oírlas, llegáis a admitirlas para evitar la discusión. Así, pues, la *fuerza de la matraca* os probará:

Que sois muy feliz en tener una mujer de tanto mérito;

Que os ha honrado mucho otorgándoos su mano;

Que las mujeres ven muchas veces las cosas con más claridad que los hombres;

Que debéis pedir siempre consejo en todo a vuestra mujer y seguirlo en la mayor parte de los casos;

Que debéis *respetar* a la madre de vuestros hijos, honrarla y tener confianza en ella;

Que el mejor modo de no ser engañado es fiarse en la honradez de la mujer, porque, según ciertas rancias ideas que nosotros hemos tenido la debilidad de permitir que se acrediten verdaderas, un hombre no puede impedir que su mujer le minotaurice;

Que una mujer legítima es la mejor amiga del hombre;

Que una mujer debe ser dueña de su casa y reina de sus salones, etc.

Los que quieran oponer una firme resistencia a estas conquistas de la dignidad de la mujer sobre el poder del hombre, quedan comprendidos en la categoría de los predestinados.

En primer lugar, promueven altercados, que sus mujeres juzgan siempre como tiranías; y la tiranía de un marido es siempre una terrible disculpa para la inconsecuencia de la mujer. Además, en esas ligeras discusiones, las esposas saben siempre probar a sus familias, a las nuestras, a todo el mundo, hasta a nosotros mismos, que tienen ellas razón. Si, por obtener la paz o por amor, asentís a los supuestos derechos de la mujer, concedéis a la vuestra una ventaja de que sacará siempre partido. Los maridos, como los gobiernos, no deben nunca confesar sus faltas. De otro modo, vuestro poder quedaría vencido por el sistema oculto de la dignidad femenina; lo habríais perdido todo, y desde ese momento iría de concesión en concesión hasta el punto de arrojaros de su lecho.

Siendo la mujer astuta, ocurrente y maliciosa; teniendo

todo el tiempo suyo para pensar una frase irónica, llegaría a ponerlos en ridículo tan pronto como dieseis ocasión para una disputa acalorada; y el día en que llegara a ridiculizaros sería el último de vuestra felicidad. Vuestro poder expirará en ese momento. Una mujer que se ha reído de su marido, no puede ya amarle nunca. El hombre debe aparecer a los ojos de la mujer a quien ama como un ser lleno de fuerza, de grandeza, y siempre imponente. Una familia sería imposible sin el despotismo. ¡Naciones, pensad en esto!

La conducta verdaderamente difícil que un hombre debe observar ante acontecimientos tan graves, esa alta política marital, constituye precisamente el objeto de las partes segunda y tercera de nuestra obra. Este breviario del maquiavelismo marital, os enseñará la manera de aparecer grandes ante ese espíritu ligero, ante esa *alma de encaje*, como decía Napoleón. Allí aprenderéis la manera cómo un hombre puede mostrar alma de acero, aceptar esa pequeña guerra doméstica, y cómo no puede ceder nunca el imperio de la voluntad sin comprometer su dicha. En efecto, si abdicáis, vuestra mujer os despreciará por el mero hecho de vuestra debilidad; desde ese momento dejaríais de ser *hombre* para ella. Pero no es llegado aún el momento de desarrollar las teorías y los principios con que un marido puede conciliar la elegancia de sus maneras con la dureza de sus medidas. Bástenos por ahora hacer presente la importancia de esa obra, y prosigamos.

En esta época fatal veréis cómo procura conquistarse el derecho de salir sola de casa.

Antes erais su Dios, su ídolo; ahora ha llegado a ese grado de devoción en que ésta no es tan intensa que no permita ver los defectos del ser a quien se adora.

—¡Ch! ¡Dios mío!—decía la señora de la Valliere a su marido—¡qué mal lleváis la espada! El señor de Richelieu la lleva con tanta gracia, que debíais procurar imitarle; tiene mejor gusto que vos.

—Querida mía, es imposible decir de un modo más gracioso que hace ya cinco meses que estamos casados... —replicó el duque, cuya respuesta se hizo célebre en la corte de Luis XV.

Vuestra esposa empezará después a estudiar vuestro carácter para tener armas con que combatiros. Este estudio, que es en un todo contrario al amor, se hace notar por mil pequeños lazos que ella procurará tenderos a intento y que no tendrán más móvil que el que la riñáis y

la maltratéis; pues cuando una mujer no tiene pretextos para minotaurizar a su marido, trata a toda costa de crearlos.

Tal vez se siente a la mesa sin esperaros.

Si pasa en coche a través de una población, os indicará con el dedo ciertos objetos para que los observéis, cuando en realidad ni siquiera existirán; cantará sin miedo en presencia vuestra; os interrumpirá en la conversación; no os contestará algunas veces, y os probará de veinte maneras diferentes que goza en presencia vuestra de todas sus facultades y de su libertad de pensar.

Procurará abolir por completo vuestra influencia en la administración de la casa y pondrá los medios para llegar a ser la dueña absoluta de vuestra fortuna. Esta lucha servirá al principio de distracción a su alma vacía de impresiones o demasiado turbada; después le servirá para buscar en vuestra conversación algún nuevo motivo para ridiculizaros. No le faltarán las expresiones y frases que acostumbran a usarse en estas ocasiones, y ¡cedemos tan pronto los franceses cuando vemos que el prójimo nos sonrío irónicamente!...

De vez en cuando aparecerán las jaquecas y los ataques de nervios; pero dejemos estas cosas que han de ser objeto único de otra Meditación.

En sociedad, os hablará sin ruborizarse y os mirará frente a frente.

Empezará a vituperar vuestros más pequeños actos, porque estarán en contradicción con sus ideas o con sus intenciones secretas.

No se cuidará tanto como antes de lo que os afecta, ni se preocupará por si tenéis o no lo necesario. Dejaréis de ser además el término de sus comparaciones.

Imitando a Luis XIV, que llevaba a sus queridas los ramos de azahar que el mejor jardinero de Versalles le ponía todos los días sobre la mesa, el señor de Vivonne (1) daba casi todos los días flores raras a su mujer, durante la primera época de su matrimonio. Una tarde, habiendo encontrado el ramo de flores sobre una consola sin haber sido colocado como de costumbre en un vaso de agua, se dijo: «—¡ Oh! ¡ si no soy ya minotauro, no tardaré en serlo! »

Salís de viaje por ocho días y no recibís carta o la recibís con tres páginas en blanco... Síntoma.

(1) El conde de Vivonne, mariscal de Francia y gobernador de Champagne, fué el que retó a los españoles en 1676. (1636 1688).—(N. del T.)

Llegáis montado en brioso caballo a quien apreciáis mucho, y mientras soltáis las riendas y dáis un abrazo a vuestra mujer, observáis que ésta se preocupa por el caballo y por su pienso... Síntoma.

A estos detalles, podéis ahora vosotros añadir otros muchos. En este libro procuraremos únicamente pintar a grandes rasgos, dejando los detalles para vosotros. Según los distintos caracteres, estos indicios, ocultos bajo los accidentes de la vida común, varían hasta lo infinito. Habrá quien descubrirá un síntoma al ver cómo se pone su mujer el chal, cuando otro necesitará recibir un gran desprecio para adivinar la indiferencia de su compañera.

En una hermosa mañana de primavera, al día siguiente de un baile, o a la víspera de una gira campestre, esta situación llega al último período. Vuestra esposa se fastidia, y la felicidad que se le concede no tiene ya atractivos para ella. Sus sentidos, su imaginación o quizá los caprichos de la naturaleza, le piden un amante. Sin embargo, no se atreve aún a meterse en una intriga cuyos detalles y consecuencias le espantan. Todavía sois algo para ella; todavía pesáis algo en la balanza, pero muy poco. El amante, por su parte, se presenta en su imaginación adornado con todas las gracias de la novedad, con todos los encantos del misterio. El combate que se libra en el corazón de vuestra mujer pasa a ser ante el enemigo un algo más real y más peligroso. Después, cuantos más riesgos y peligros ofrezca la intriga, más ansía precipitarse en ese delicioso abismo de temores, goces, angustias y voluptuosidades. Su imaginación arde y chispea. Su vida futura colórase en su mente con románticas y misteriosas tintas. Su alma sale del marasmo, internándose en esas intrigas solemnes para las mujeres. Todo se agita, todo se altera, todo se conmueve en ella. Vive tres veces más que antes, y juzga el porvenir por el presente. Las pocas voluptuosidades que le habéis prodigado pleitean en contra vuestra, pues no le incitan tanto los placeres que ha gozado como los que espera gozar. ¿No le presenta su imaginación una felicidad más viva con ese amante que las leyes le prohíben, que con su esposo? Por otra parte, sus terrores le inspiran goces, y sus goces terrores, prefiriendo ese peligro inminente, esa espada de Damocles (1) suspendida por vosotros mismos sobre su cabeza, y las delirantes agonías de una

(1) Damocles fué un cortesano de Dionisio el tirano que alababa constantemente la dicha de éste. Dionisio, hombre de talento, se propuso hacer

pasión, a esa inanición conyugal peor que la muerte, a esa indiferencia que, más bien que un sentimiento, es la ausencia de todo sentimiento.

Vosotros, que quizá tenéis que ir a expedientear al ministerio de Hacienda, a cobrar letras al Banco, a hacer negociaciones en la Bolsa o discursos en el Congreso; vosotros jóvenes que tan ardientemente habéis repetido el juramento de defender vuestra dicha, defendiendo a vuestra esposa, ¿qué podréis oponer a esos deseos tan naturales de una esposa?... porque para esas criaturas de fuego, vivir es gozar, y desde el momento en que no experimentan ningún goce, están muertas. La ley en virtud de la cual andáis produce en ellas este involuntario minotaurismo. Decía Alembert: «Esto es una consecuencia de las leyes del movimiento». Ahora bien, ¿en dónde están vuestros medios de defensa?... ¿en dónde?

¡Ay de mí! si vuestra mujer no ha tocado aún la manzana de la serpiente, la serpiente está ante ella; vosotros dormís, y nosotros os despertamos, pues nuestro libro empieza.

Sin examinar cuántos maridos, de entre los quinientos mil a quienes afecta esta obra, han quedado comprendidos entre el número de los predestinados; cuántos se han casado mal; cuántos habrán hecho un *mal estreno* con sus mujeres; y sin querer investigar si en esta numerosa falange hay muchos que puedan llenar las condiciones exigidas para luchar contra el peligro que se avecina, desarrollaremos en las partes segunda y tercera de esta obra los medios de combatir al Minotauro y de conservar intacta la virtud de las mujeres. Pero si la fatalidad, el diablo, el celibato o la ocasión desean vuestra pérdida, quizá os consolaréis sabiendo buscar el hilo de todas las intrigas y asistiendo a los combates que se libran en todos los ma-

comprender a Damocles, por medio de una alegoría, la clase de goces y de felicidad que proporciona la grandeza. Un día le invitó a que ocupase su asiento en un festín y ordenó a sus servidores que le tratasen como si fuera él mismo en persona. Damocles reventaba de satisfacción, cuando de pronto habiendo levantado los ojos, vió suspendida sobre su cabeza una pesada y tajante espada sostenida únicamente por un pelo de crin de caballo. Experimentó tal emoción el sencillo cortesano, que dejó caer la copa que tenía entre sus manos, comprendiendo de aquel modo lo insegura que suele ser la dicha de los tiranos. En literatura úsase la denominación de espada de Damocles para significar el peligro a que está expuesto siempre el hombre en medio de su aparente felicidad.—(N. del T.)

trimonios. Sin embargo, hay gente que tiene un carácter tan feliz, que aun indicándoles el lugar, explicándoles el por qué y el cómo, se rascan la cabeza primero, se frotan las manos después, y terminan dando una patada en el suelo y permaneciendo tan frescos.

MEDITACIÓN IX

EPÍLOGO

Fieles a nuestra promesa, hemos expuesto en nuestra primera parte las causas generales que originan en todos los matrimonios esa crisis que acabamos de describir; y, al mismo tiempo que hemos dejado sentados estos prolegómenos conyugales, indicamos el medio de librarse de la desgracia, mostrando las causas de la misma.

Pero ¿no serían incompletas estas consideraciones primitivas si, después de haber arrojado alguna luz sobre la inconsecuencia de nuestras ideas, de nuestras costumbres y de nuestras leyes, respecto a una cuestión que abraza la vida de casi todos los seres, no procurásemos establecer, mediante una corta peroración, las causas políticas de esta llaga social? Después de haber mostrado los vicios secretos de la institución, ¿no es necesario intentar un examen filosófico para averiguar cómo y por qué han llegado a viciarla nuestras costumbres?

El sistema de leyes y de costumbres que rige hoy en Francia al matrimonio y a las mujeres, es fruto de antiguas creencias y tradiciones, que no guardan ya relación con los eternos principios de razón y de justicia desarrollados en la gran Revolución de 1789.

Tres grandes conmociones ha sufrido Francia: la conquista de los romanos, el cristianismo y la invasión de los francos. Cada uno de estos acontecimientos ha dejado profundas huellas en el suelo, en las leyes, en las costumbres y en el espíritu de la nación.

Grecia, con un pie en Europa y otro en Asia, recibió la influencia de su clima apasionado al sentar sus instituciones conyugales. Recibió éstas de Oriente, adonde habían acudido sus filósofos, sus legisladores y sus poetas, para estudiar las antigüedades ocultas de Egipto y de

Caldea. La reclusión absoluta de las mujeres, motivada por la acción del abrasador sol de Asia, dominó en las leyes de Grecia y de Jonia. La mujer fué confiada allí a las paredes de los gineceos (1). Reducida la patria a una ciudad, a un territorio poco vasto, las cortesanas, ligadas a las artes y a la religión por tantos lazos, fueron suficientes para satisfacer las primeras pasiones de una juventud escasa en número, y cuyas fuerzas estaban, por otra parte, dedicadas a los violentos ejercicios gimnásticos, exigidos por el arte militar de aquellos tiempos heroicos.

Al empezar Roma su real carrera, y habiendo ido a buscar a Grecia los principios de una legislación que podía dar excelentes frutos bajo el cielo de Italia, redujo a la mujer a una completa servidumbre. El Senado comprendió la importancia de la virtud en una república y logró implantar la severidad de costumbres dando excesivas atribuciones al poder marital y paterno. La dependencia de la mujer se echaba de ver en todo. La reclusión de Oriente se convirtió en deber, en obligación moral, en virtud. De ahí los templos elevados a la diosa Pudor y los templos consagrados a la santidad del matrimonio; de ahí los censores, la institución dotal, las leyes suntuarias (2), el respeto a las matronas, y todas las disposiciones del Derecho Romano. Por eso tres violaciones perpetradas o intentadas fueron tres revoluciones, y por eso la aparición de las mujeres en la escena política fué un gran acontecimiento solemnizado por decretos. Aquellas ilustres romanas, condenadas a no ser más que esposas y madres, pasaron su vida en el retiro, dedicadas únicamente a educar a los señores del mundo. Roma no tuvo cortesanas, porque su juventud estuvo empleada en eternas guerras. Si se presentó más tarde la disolución, fué motivada por el despotismo de los emperadores, y aun así y todo, eran aún tan vivas las preocupaciones nacidas de las antiguas costumbres, que Roma no vió nunca mujeres en el teatro. Estos hechos no dejarán de ser útiles en esta rápida historia del matrimonio en Francia.

Conquistadas las Galias, los romanos impusieron sus leyes a los vencidos; pero fueron impotentes para destruir el respeto que nuestros antepasados sentían por las mu-

(1) Nombre que daban los griegos al piso superior de sus casas destinado para habitación de las mujeres.—(N. del T.)

(2) Leyes destinadas a poner tasa en los gastos.—(N. del T.)

jes y aquellas antiguas supersticiones que eran consideradas como órganos inmediatos de la divinidad. Las leyes romanas acabaron sin embargo por reinar exclusivamente en este país, llamado en otro tiempo de *derecho escrito*, que representaba a la *Galia Togata*, y sus principios conyugales penetraron más o menos en los países de *costumbres*.

Durante este combate entre las leyes y las costumbres, los francos invadían la Galia, a la que dieron el nombre de Francia. Estos guerreros, venidos del Norte, traían consigo el sistema de galantería nacido en sus regiones occidentales, donde el hombre, en aquellos glaciales climas, no necesita pluralidad de mujeres, ni las celosas precauciones de Oriente. Lejos de eso, para ellos, la mujer, casi divinizada, daba calor a la vida privada con la elocuencia de sus sentimientos. Los sentidos adormecidos solicitaban esa variedad de medios enérgicos y delicados, esa diversidad de acción, esa irritación del pensamiento y esas quiméricas barreras creadas por la coquetería, sistema del que hemos desarrollado algunos principios en esta primera parte, y que conviene admirablemente al templado suelo de Francia.

En Oriente, pues, la pasión y su delirio, los largos cabellos, negros y los harenas, las divinidades amorosas, la pompa, la poesía y los monumentos. En Occidente, la libertad femenina, la soberanía de las rubias cabelleras, la galantería, las hadas, las magas, los profundos éxtasis del alma, las dulces emociones de la melancolía y los amores duraderos.

Estos dos sistemas salidos de dos puntos opuestos del globo vinieron a luchar en Francia; en Francia, donde una parte del suelo, la que hablaba la lengua de Oc (1), podía recrearse con las creencias orientales, mientras que la otra, la que hablaba la lengua de Oil, era la patria de esas tradiciones que atribuyen un poder mágico a la mujer. En el país donde se hablaba la lengua de Oil, el amor pide misterios; en donde se hablaba la de Oc, ver es amar.

En lo más empeñado de esta lucha, el cristianismo llegó a triunfar en Francia, y vino predicado por mujeres, vino consagrando la divinidad de una mujer que, en los bosques de Bretaña, de la Vandée y de los Ardennes,

(1) Lengua de Oc es la que se hablaba en la parte sur del Loira, y lengua de Oil es la que se hablaba al Norte.—(N. del T.)

ocupó, bajo el nombre de Nuestra Señora, el lugar de más de un ídolo, en los troncos huecos de las seculares encinas drúidicas.

Si por una parte la religión de Cristo, que, más que otra cosa, es un código de moral y de política, concedía alma a todos los seres racionales, proclamaba su igualdad ante Dios y justificaba con sus principios las doctrinas caballerescas del Norte, por otra, estos mismos principios estaban contrarrestados por la residencia del soberano pontífice en Roma, que se había constituido en heredero de dicha religión cristiana, por la universalidad de la lengua latina, que llegó a ser la de Europa en la Edad media, y por el poderoso interés que manifestaron los monjes, los escribas y los legisladores por que triunfasen los códigos hallados por un soldado en el saqueo de Amalfi (1).

Los principios de la soberanía y de la esclavitud de la mujer permanecieron frente a frente, enriquecidos ambos con nuevas armas.

La ley sálica, error legal, hizo triunfar la esclavitud civil y política, sin destruir por eso el poder que las costumbres daban a las mujeres, pues el entusiasmo que se apoderó de Europa por la caballería, sostuvo el partido de las costumbres contra las leyes.

Así se formó el extraño fenómeno que ofrece desde entonces nuestro carácter nacional y nuestra legislación; pero, desde aquellas épocas que parecen ser la víspera de la revolución, cuando un criterio filosófico se remonta hasta ellas y considera la historia, ve que Francia ha sido presa de multitud de convulsiones: el Feudalismo, las Cruzadas, la Reforma, la lucha entre el trono y la nobleza, el despotismo y el sacerdocio, la han estrechado tan fuertemente entre sus brazos, que la mujer ha continuado siendo el blanco de las extravagantes contradicciones nacidas del conflicto de los tres acontecimientos principales que acabamos de reseñar. ¿Era posible que se ocupasen de la mujer, de su educación política y del matrimonio, cuando el Feudalismo amenazaba el trono, cuando la Reforma les amenazaba a ambos, y cuando el pueblo permanecía olvidado entre el sacerdocio y el Imperio? Como dice la señora Necker, las mujeres fueron, durante aquellos grandes acontecimientos, una cosa pa-

(1) El autor se refiere, sin duda, al código de las *Pandectas*, conocido también con el nombre de *Tablas de Amalfi*, a causa de haber sido encontrada una copia de aquéllas en dicha ciudad, el año 1137.—(N. del T.)

recida a esas tiras de papel con que se embalan los cajones de porcelana: no se hace caso de ellas, y sin ellas todo se rompería.

La mujer casada fué entonces en Francia algo así como una reina vigilada, una esclava libre al par que prisionera. Las contradicciones hijas de la lucha de los dos principios estallaron dentro del orden social y produjeron infinidad de extravagancias. Como era poco conocida físicamente la mujer, lo que fué en ella enfermedad, se tachó de prodigio, de hechicería o como el colmo de la malevolencia. Consideradas por las leyes como hijos pródigos y puestas bajo tutela, eran deificadas por las costumbres. Semejantes a los libertos de los emperadores, disponían de coronas, batallas, fortunas, tramaban golpes de Estado, crímenes, virtudes, todo con el poder de sus miradas, pues no poseían nada; ni siquiera se poseían a sí mismas. Pero no por eso dejaron de ser felices. Armadas con su debilidad, y fuertes con su instinto, se lanzaron fuera de la esfera en que las leyes debían colocarlas, mostrándose omnipotentes para el mal, impotentes para el bien, sin mérito en sus forzosas virtudes y sin excusa para sus vicios; acusadas de ignorancia y privadas de educación, no eran, ni madres del todo, ni esposas del todo. Como tenían tiempo sobrado para incubar pasiones y desarrollarlas, se dejaban llevar por la coquetería de los francos, en lugar de permanecer, como las romanas, educando guerreros en el interior de sus castillos. Como no había ningún sistema que imperase del todo en la legislación, las imaginaciones siguieron su inclinación, y se vieron tantas *Marions Delormes* (1) como *Cornelias* (2), tantas virtudes como vicios. Eran criaturas tan incompletas como las leyes que las gobernaban: consideradas por unos como un ser intermediario entre el hombre y los animales, como bestia maligna, a quien

(1) Cortesana francesa, célebre por sus aventuras, que vivió en la corte de Luis XIII.—(N. del T.)

(2) Cornelia, hija de Scipión el Africano y madre de los Gracos, quedó viuda con doce hijos; se consagró por completo a su educación, y, según se dice, negó su mano a uno de los Ptolomeos, rey de Egipto. De esta numerosa familia sólo le quedó una hija, que se casó con Scipión Emiliano, y dos hijos, Tiberio y Cayo Graco, que se hicieron inmortales por su genio, su valor y su fin trágico. Mujer de carácter viril y muy instruida, Cornelia los educó con el mayor cuidado y les inspiró desde muy jóvenes el amor a la patria, a la gloria y a las grandes empresas, inculcándoles sus deseos de que

tenían que sujetar las leyes y a quien la naturaleza había destinado, como tantos otros, para placer del hombre; considerada por otros como un ángel desterrado, manantial de dicha y de amor, como la única criatura que respondía a los sentimientos del hombre y cuyas imperfecciones debían tener por consuelo la idolatría de los hombres, ¿era posible que la unidad que faltaba a las instituciones políticas pudiera existir en las costumbres?

La mujer fué, pues, lo que las circunstancias y los hombres la hicieron, en lugar de ser lo que el clima y las instituciones la debían hacer: vendida, casada a pesar suyo en virtud del poder paterno de los romanos, al mismo tiempo que caía bajo el despotismo marital, que deseaba su reclusión, tomaba, por su parte, las únicas represalias que le eran permitidas. Por la misma razón que fué virtuosa en medio de las conmociones civiles, se hizo disoluta cuando los hombres dejaron de estar ocupados en guerras intestinas. Todo hombre instruido puede dar colorido a este cuadro; nosotros pedimos a los acontecimientos su lección, y no su poesía.

La revolución estaba demasiado ocupada en destruir y edificar, tenía muchos enemigos, o tuvo sin duda demasiado parecido con los deplorables tiempos de la Regencia o de Luis XV, para que pudiese examinar la posición de la mujer en el orden social.

Los hombres notables que construyeron el monumento inmortal de nuestros códigos, eran casi todos antiguos legistas sugestionados por la importancia de las leyes romanas, y, por otra parte, no fundaban instituciones políticas. Hijos de la revolución, creyeron, como ésta, que la ley del divorcio, sabiamente restringida, y la facultad de las sumisiones respetuosas eran mejoras suficientes. Comparadas con el antiguo orden de cosas, estas nuevas instituciones parecieron inmensas.

Hoy la cuestión del triunfo de los dos principios, muy debilitados ya por tantos acontecimientos y por el progreso de las luces, permanece aún sin que haya sido resuelta por sabios legisladores. El pasado encierra lecciones que deben dar sus frutos en el porvenir. ¿No nos dice ya nada la elocuencia de los hechos?

el mundo llegara a llamarla hija de Scipión y madre de los Gracos. Habiendo ido a visitarla un día una amiga suya y habiéndole mostrado con orgullo sus joyas y sus alhajas, le rogó que le enseñase las suyas, y entonces Cornelia, presentándole a sus hijos, le dijo: «He aquí mis joyas y mis adornos más preciados.»—(N. del T.)

El desarrollo de los principios de Oriente exigió eunucos y serrallos; las bastardas costumbres de Francia fueron causa de la llaga de las cortesanas y de la llaga más profunda aún de nuestros matrimonios. Así, pues, repitiendo una frase de un autor contemporáneo, diremos que en Oriente se sacrifica a la paternidad hombres y justicia; en Francia, las mujeres y el pudor. Ni en Oriente ni en Francia han logrado estas instituciones el objeto que les es propio: esto es, la dicha. Un hombre tiene la misma seguridad de ser amado por las mujeres de su harén, como el marido en Francia, de ser el padre de sus hijos; en resumen, que el matrimonio no vale lo que cuesta. Tiempo es ya de no sacrificar nada a esa institución, y de que el estado social garantice algo más nuestra dicha, conformando nuestras costumbres y nuestras instituciones a nuestro clima.

El gobierno constitucional, feliz mezcla de dos sistemas políticos extremos, el despotismo y la democracia, parece indicar la necesidad de confundir también los dos principios conyugales que hace ya tanto tiempo que luchan en Francia. La libertad que tan atrevidamente hemos pedido para las jóvenes remedia esa multitud de males cuyo origen hemos indicado, exponiendo los contrasentidos que encierra la esclavitud de las solteras. Devolvamos a las jóvenes las pasiones, las coqueterías, el amor y sus terrores, el amor y sus dulzuras, y el seductor cortejo de los francos. En esa primavera de la vida ninguna falta es irreparable; el himeneo saldrá del seno de las pruebas armado de confianzas y desarmado de odios, y el amor será justificado con útiles comparaciones.

Con este cambio de costumbres perecerá por sí misma la vergonzosa llaga de las prostitutas. Nunca es tan indiferente para la felicidad del hombre el tener que combatir grandes y verdaderas pasiones, como cuando tiene esa edad en que posee el candor y la timidez de la adolescencia. En esa época, el alma experimenta grandes satisfacciones con los sacrificios, sea cual fuese su género; con tal que se mueva, con tal que obre, le importa poco tener que ejercer su poder contra sí propio. En este hecho, que todo el mundo ha podido observar, existe un secreto de legislación, de tranquilidad y de dicha. Por otra parte, han adquirido hoy tal desarrollo los estudios, que el más fogoso de los Mirabeaus venideros puede emplear sus energías en una pasión y en las ciencias. ¿Cuántos jóvenes no se han salvado de la vida de crápula, gracias a los obstinados trabajos, unidos a los renacientes obs-

táculos de un primero y puro amor? En efecto, ¿cuál es la joven que no desea prolongar la deliciosa infancia de los sentimientos, que no se sienta orgullosa de ser conocida y que no tenga que oponer los embriagadores recelos de su timidez, el pudor de sus transacciones secretas consigo misma, a los deseos incipientes de un amante inexperto como ella? La galantería de los francos y sus placeres serían, pues, un rico dote para la juventud, y entonces se establecerían naturalmente esas relaciones de alma, de carácter, de costumbres, de temperamento y de fortuna que engendran el feliz equilibrio exigido en el matrimonio para la felicidad de los cónyuges. Este sistema estaría basado en cimientos más sólidos y francos, si las jóvenes estuviesen sometidas a una desheredación sabiamente calculada; o si, para obligar a los hombres a hacer la elección de mujer en favor de las que ofreciesen mayores garantías de dicha por sus virtudes, su carácter o su talento, se casasen, como en los Estados Unidos, sin dote.

Entonces, el sistema adoptado por los romanos podrá, sin inconveniente, ser adaptado a las mujeres casadas que, de solteras, habrán gozado ya de toda libertad. Encargadas exclusivamente de la educación primitiva de los hijos, que es la obligación más importante de una madre; ocupadas en hacer nacer y mantener esa felicidad de todos los instantes tan admirablemente pintada en el cuarto libro de *Julia*, serán en su casa, como las antiguas romanas, una imagen viva de la Providencia, que está en todas partes y que no se ve en ninguna. Entonces sí que las leyes sobre la infidelidad de la mujer deben ser excesivamente severas, y deben prodigar más penas infamantes que alictivas y coercitivas. En Francia se ha visto pasear a las mujeres, montadas sobre asnos, por supuestos crímenes de hechicería, y más de una inocente murió de vergüenza. Ahí está el secreto de la legislación futura del matrimonio. Las doncellas de Mileto (1) se libraban del matrimonio con la muerte, pero el Senado condenaba a las suicidas a ser arrastradas desnudas, y las vírgenes quedaban condenadas a vivir.

Las mujeres y el matrimonio no serán, pues, respetados en Francia mientras no se lleve a cabo en nuestras costumbres el cambio radical que hemos señalado. Este pro-

(1) Antigua ciudad de Asia Menor, patria del filósofo Tales, de Esquino, de Cadmo, de Anaximandro, de Anaximenes y de Aspasia.—(N. del T.)

fundo pensamiento es el que anima a las dos mejores producciones de un genio inmortal. El *Emilio* y la *Nueva Eloisa* (1) no son más que dos elocuentes defensas de este sistema, defensas que resonarán eternamente, porque su autor ha adivinado el verdadero carácter que han de tener las leyes y las costumbres de los siglos futuros. Sentando el pensamiento de que los hijos deben ser educados por las madres, Juan Jacobo prestaba ya un inmenso servicio a la virtud; pero su siglo estaba demasiado profundamente gangrenado para que pudiese comprender las elevadas lecciones que encierran estos dos poemas; debemos hacer notar también que el filósofo fué vencido por el poeta, y que al dejar en el corazón de Julia, casada ya, restos de su primer amor, lo hizo seducido por una situación poética más conmovedora que la verdad que quería demostrar, pero menos útil.

Sin embargo, si el matrimonio es en Francia un inmenso contrato por el cual los hombres se entienden todos tácitamente para dar más sabor a las pasiones, más curiosidad y más misterio al amor, y más incentivo a la mujer; si una mujer es más bien un adorno de salón, un maniquí de la moda, un guardarropa, que un ser cuyas funciones, en el orden político, puedan coordinarse con la prosperidad de un país y con la gloria de una patria; si la mujer es todo esto, y no una criatura cuyas obras pueden competir en utilidad con las de los hombres... confieso que toda esta teoría, que estas largas consideraciones desaparecerían ante tan importantes destinos...

Pero ya hemos estrechado bastante el círculo de los acontecimientos sucedidos para sacar de ellos una gota de filosofía; ya hemos sacrificado bastante por medio de la historia a la pasión dominante de la época actual; volvamos, pues, nuestras miradas a las costumbres presentes. Calémonos otra vez el gorro de cascabeles y la varita que Rabelais convirtió en cetro, y prosigamos nuestro análisis, sin dar a una broma más importancia de la que en realidad pueda tener, y sin tomar a broma las cosas que realmente tengan importancia.

(1) Obras del célebre filósofo ginebrino Juan Jacobo Rousseau.—(Nota del T.)